

MEMORIAS DEL DÍA DE LA PATRIA. UN ANÁLISIS
DE SÍMBOLOS Y PRÁCTICAS COMUNICACIONALES
DE LOS LAICOS DE BUENOS AIRES Y SALTA

Mirta Amati

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

mirtamati@yahoo.com.ar

Resumen

En este informe, presentamos un estudio de las representaciones sociales de la identidad comunitaria de dos grupos territoriales diferentes: los laicos de Buenos Aires y los de Salta. Ambos pertenecen a la misma institución religiosa y nacional: son laicos y ciudadanos argentinos. Sin embargo, las representaciones identitarias, lejos de ser homogéneas, presentan diferencias propias de las experiencias e historias de cada sociedad. La construcción de la memoria (de mayo de 1810) y la conmemoración (del 2010) se apoya en los marcos religiosos y espaciales que dan forma a la identidad.

Así, este estudio consiste no sólo en un análisis de logos y lemas diferentes sino de significados contrastantes: modos de recordar el pasado y proyectar el futuro de la propia comunidad. Para acceder a estas cuestiones, es necesario saltar el umbral del “análisis del contenido”: interpretarlas en un *contexto comunicacional y cultural* más abarcativo, intentando acceder a los códigos o matrices dentro de los cuales esos “signos” comunican. Las representaciones/imágenes no son “sólo logos”, sino memorias *espacializadas*.

Se trata de una cuestión teórico-metodológica: triangular los datos –de los logos- con documentos, entrevistas y observaciones participantes; problematizar los marcos de esas memorias laicas del Bicentenario.

Breve introducción al estado de la cuestión y al análisis aquí presentado

En el 2010 la Argentina cumplirá sus 200 años, conmemorando el 25 de mayo de 1810, fecha en que tuvo lugar el acontecimiento conocido como la Revolución de Mayo, donde un grupo de vecinos del pueblo de Buenos Aires reclamó ante el Cabildo –en la actual Plaza de Mayo- constituir la 1ra junta, primer gobierno formado por criollos (es decir españoles americanos, nacidos en América).

Esa imagen del pueblo en la plaza, reclamando ante el Cabildo, junto con la Pirámide de Mayo y su estatua de la Libertad, es uno de los símbolos más comunes en los recordatorios de la fecha. También en esos “lugares de la memoria” (Norá) se realizan las conmemoraciones centrales: desde 1811 se celebraba la revolución con festejos populares y celebraciones públicas, algunos de los cuales han variado a través del tiempo y otros han permanecido constantes como los ritos estatales –centrados en la figura presidencial- y el Tedeum realizado en la Catedral (Ver Garavaglia 2000 y Grimson y Amati 2005).

Así, en estos aniversarios el pasado como momento fundante de la Nación Argentina se hace presente, se activan recuerdos y sentimientos, se promueven acciones y prácticas. Por supuesto que esto supone disputas o interpretaciones divergentes como las historiográficas que desmontan el mito originario (Chiaramonte 1991) demostrando que en 1810 no existía una Nación Argentina, sino que la misma fue producto de un proceso mucho más largo, recién consolidado a fines del siglo XIX (Myers 2005).

En estas interpretaciones respecto a “la nación” se encuentran diferentes perspectivas, algunas más objetivistas y contractuales; otras de raigambre subjetiva o voluntarista. Lejos de tomar partido por alguna de ellas (1), seguimos a Hroch (1993:236) para quien ambas perspectivas tienen sus limitaciones: mientras los últimos descuidan “una realidad elemental: que hubo realmente un pasado históricamente comprobado”; los primeros, desconocen el proceso por el cual se transforma ese pasado en “memoria colectiva”.

En este trabajo nos centramos en las modalidades en que ese pasado, históricamente comprobado, es transformado en memoria. Presentamos un análisis del modo en que el 25 de mayo de 1810 y el futuro Bicentenario en 2010, es resignificado. Indagamos cuáles son sus significados o memorias, qué marcos, códigos y elementos determinan *objetivamente* esa imaginación *subjetiva*.

Entre las unidades de análisis que la investigación contempla en su totalidad (2), elegimos presentar en este informe, una zona que incluye lo religioso y lo civil: las asociaciones laicas, quienes entre otras, producen discursos y propuestas pensando en el Bicentenario. Éste, como todo aniversario, funciona como “coyuntura de activación de la memoria” (Jelin 2002:52), donde el espacio público se puebla de manifestaciones compartidas y confrontadas: marcas en las fechas, en el espacio y en los lugares.

¿Qué objetos (materiales y espaciales) ligados con este acontecimiento específico (mayo de 1810 y de 2010) son los elegidos por los sujetos (laicos) estudiados aquí? ¿Por qué se eligen esos elementos y no otros?

Bajo esas inquietudes y perspectivas, analizamos las representaciones contrastantes sobre la conmemoración del Bicentenario y

la propia identidad comunitaria, a través del análisis de logos, documentos y entrevistas.

Los laicos y el Bicentenario

El Departamento de Laicos (Deplai) organizó un congreso en octubre de 2005 bajo el lema “Hacia la Argentina del Bicentenario 2005-2010”. Se realizó en la Universidad Católica Argentina de la Ciudad de Buenos Aires con el objeto de promover en sus miembros “la conciencia viva de su función (como laicos) en la edificación de la Iglesia y en la construcción de la sociedad temporal”. Contó con la participación de congresistas de todo el país: dirigentes de diferentes movimientos, instituciones y asociaciones católicas. Con ese encuentro “cara a cara” de miembros pertenecientes a la misma institución, aunque de regiones distantes, se buscaba “un espacio de apertura y diálogo” que permita consolidar “su condición de ciudadano con vistas a la celebración del Bicentenario”.

De ese modo, se supone que la comunicación directa mejora la participación en las dos comunidades de pertenencia: la religiosa y la social y define una *identidad laical* que, a diferencia del clero, tiene un carácter “secular”: la gestión de los asuntos “temporales”, los de la sociedad de esta época. La comunicación cotidiana, tanto local como nacional, desde el 2005 al 2010, es la propuesta buscada ante el riesgo de caer en la serialidad y el anonimato social. Se trata de la construcción cotidiana de una memoria de la propia comunidad ante el riesgo del olvido.

Por eso, durante el año previo y hasta el 2010, en cada comunidad territorial se realizan diferentes actividades que se centran en la discusión sobre la propia realidad (“las fortalezas y debilidades”), en relación con distintas áreas temáticas: el rol del laico *en la iglesia, en la sociedad civil y en la política*.

Se trabajó con diagnósticos previos (del año 2004) y se fijaron modalidades de trabajo participativas. Se buscaba estilos de participación grupal que permitieran la emergencia respecto a “cómo sienten y viven su ser Iglesia (comunidad) y sus responsabilidades ciudadanas al servicio del bien común (vida pública)”. Desde el Deplai se convocó, se distribuyeron documentos y los temas a debatir, el logo y el lema, mientras desde las diócesis se re-significaban esas propuestas: como en Tucumán donde el lema es provincializado “Hacia el Tucumán del Bicentenario” o en Salta donde regionalizan tanto el lema como el logo. Esto permite analizar las representaciones que funcionan como marcos sociales y producen no sólo lemas y logos diferentes sino significados contrastantes, modos de recordar el pasado y proyectar el futuro de la propia comunidad.

Los logos: sujetos, instituciones y espacio público

El tema de la imagen del Congreso estuvo presente desde el principio, en una institución que tiene una larga experiencia en comunicar por medio de imágenes y símbolos.

Al respecto, el Director Ejecutivo del Deplai, Osvaldo González Prandi nos comenta que para el logo buscaron una imagen que fuera la expresión de las distintas miradas presentes en la Iglesia:

“hay quien pone mucho el acento en estar mirando las cuestiones desde una postura más apologética, de defensa de valores, lo cual está bien en sí mismo: defendemos la familia, defendemos la vida. Y hay también posturas más críticas. Trató de ser una simbiosis de todo eso, porque así es la Iglesia. No hay una sola mirada, hay una sola fe”.

El logo fue diseñado por David Ratto, un publicista reconocido, al que se accedió por intermedio de un integrante de la comisión organizadora del Congreso: el periodista José Ignacio López. Éste fue vocero del ex presidente Raúl Alfonsín, el primero del período democrático inmediato a la dictadura militar. Ratto trabajó en el diseño del logo de la campaña electoral: un óvalo con los colores de la bandera argentina sobre el cual se leía la sigla R.A., en referencia a las iniciales de Raúl Alfonsín pero jugando con la sigla de la República Argentina. Con esta experiencia en el diseño de símbolos nacionales, el publicista, según González Prandi, “se entusiasmó con la idea del Bicentenario, él fue el que imaginó el Cabildo”. Ese croquis original fue modificado con los aportes de los demás miembros de la comisión (Ver figura 1).

Como vemos, el logo rediseñado por la comisión organizadora del Deplai, presenta la imagen del Cabildo con el pueblo mirando hacia el edificio. Es la tradicional imagen del 25 de mayo *estilizada*. Se retoma así una “tradicción inventada”, siendo parte del “proceso de formalización y ritualización, caracterizado por la referencia al pasado [y] la repetición” (Hobsbawm y Ranger 2002:10) Si bien se presentan elementos novedosos (el pueblo no viste con ropas de 1810 ni lleva paraguas y el Cabildo es mucho más angosto que el “original”); otros, se mantienen: los sujetos, la relación institución-pueblo y la perspectiva, lo que sigue denotando el vínculo y reclamo entre la organización gubernamental y los ciudadanos. “El pueblo quiere saber de qué se trata”, el pueblo está de cara al poder político, se constituye políticamente en ese mismo acto de presencia y reclamo popular, en la Plaza de Mayo frente al Cabildo (Ver Lerman 2005).

A diferencia de otras manifestaciones populares en el mismo espacio, como son las procesiones o desfiles (donde aparece una

“presencia pública colectiva ordenada” Sigal 2006:111) donde las jerarquías y los honores a las autoridades son centrales, el pueblo frente al cabildo es un todo indiferenciado, sin distinciones políticas o sociales (externamente: ante la presencia de la autoridad política son todos iguales, internamente: en la formación de un colectivo social o comunitario, también).

Si bien hay continuidad con la imagen canónica, la actualización utiliza un recurso estilizado, queremos decir: ante la posibilidad de presentar al pueblo a la usanza contemporánea, no se recurre a ella sino que se presentan siluetas de colores. Esto permite incorporar la diferencia interna de ese colectivo, diferencia que está presente metafóricamente en los colores (¿se trata de diferencias de género, de edad, de ideología, religiosas?). Mas allá de “esas” diferencias ineludibles, se presenta simbólicamente a una comunidad sin divisiones, constituidos como iguales ante la “mirada del Cabildo”, ante el “acto” de ese colectivo (Sigal 2006:18).

Otros recursos hubieran sido posibles. Sin embargo, lejos de una actualización que rompiera con el tiempo mítico del Cabildo (3) se opta por una actualización automática de la escena canónica del 25.

Otro tipo de actualización encontramos en el logo rediseñado por los laicos de Salta. A diferencia del logo nacional, creado por un experto (publicista) bajo las propuestas de la comisión organizadora, en Salta la comisión eligió un logo mediante un concurso abierto a la ciudadanía (Ver Figura 2).

En el logo salteño lo primero que impacta es el cambio de color (del blanquiceleste al rojo punzó) y se observa claramente que se conservaron las formas: el círculo, el edificio y los sujetos delante, mirando hacia él. A diferencia del fondo blanco y celeste, que retoma los colores de la bandera nacional, encontramos el rojo y negro, colores de la bandera provincial con la cual, según aparece en la explicación del logo en la página web, los “habitantes de Salta, la Linda” se sienten identificados, esos colores “realzan” la propia identidad (Ver www.arquidiocesissalta.org.ar/laicos/cllogo.htm).

Se presentan así ciertos íconos de reconocimiento social, ya establecidos como símbolos de pertenencia e identificación de la comunidad salteña, parte de la tradición: la Iglesia y la familia.

Si en el logo nacional, los laicos del congreso son una comunidad entendida como masa o pueblo reunido frente al símbolo de la organización política, el Cabildo, es decir, tratando los asuntos “temporales” en el espacio público por excelencia, incluso mas allá de cualquier referencia a lo religioso (que sólo aparece con una cruz blanca sobre el cielo celeste), en el salteño la representación de la propia identidad y del grupo de pertenencia cambia. Los laicos ya no pertenecen a una comunidad que participa de los actos de “la plaza política”, sino que su pertenencia corresponde al primer grupo de socialización: la familia que participa de “la plaza religiosa”. La familia consiste en “la primera comunidad, el primer espacio de formación y, por sobre todo, el primer lugar donde sus miembros pueden experimentar el Amor paternal (...) de Dios”. De ese modo *hacen carne* a la Doctrina social de la de la Iglesia “para dar respuestas a los contrastes y desequilibrios sociales que sufre el hombre en nuestra sociedad”.

De la pertenencia indiscutible a una familia tradicional, cristiana y numerosa (con la que demuestran su “adhesión a la cultura de la vida”) a este hombre –general y abstracto- que pertenece a “nuestra sociedad” hay una fuerte ruptura: mientras aquél está enraizado, identificado con los miembros de su comunidad, a la que se pertenece por nacimiento, con vínculos duraderos e íntimos, éste es un hombre genérico, igual ante los demás en una sociedad anónima cuyos lazos fríos parecen haber provocado los desequilibrios sociales.

Pareciera tratarse de la dicotomía conceptual sociológica entre comunidad y sociedad. Como señala Tönnies (1947:65) mientras en la comunidad, los miembros se encuentran “unidos a pesar de todas las separaciones”, en la sociedad, los hombres se encuentran “separados (...) a pesar de todas las uniones”.

En el polo comunitario, se encuentra la familia tradicional reunida en la plaza religiosa, ante la Catedral, donde hay otras familias cristianas también numerosas y salteñas. Leemos en la página web esas relaciones *entre familias* donde incluso la propia institución lo es: “en la Iglesia -la gran familia de Dios- ella [la familia que aparece en el logo] encuentra fuerza y apoyo para ir descubriendo su camino”.

En el polo de la sociedad “temporal”, moderna (que el logo excluye) no hay más que hombres que *sufren* lo social. Si bien el laico está llamado a intervenir en la “sociedad temporal” su modo de ser y actuar se distingue de las cosas del mundo: de esa sociedad excluyente, pública, pasajera y anónima. Así se oponen las cosas de la sociedad, de las cosas de Dios, propias de la comunidad. Respecto a los lemas, hay pequeñas modificaciones: del “Congreso de Laicos”, que sin duda naturaliza el territorio nacional (no hace falta aclarar que el congreso es nacional: los laicos son todos los de la Argentina) se pasa al “Congreso *Arquidiocesano* de Laicos”. Se trata de pertenencias regionales menos abarcativas y menos anónimas. Se sigue sosteniendo el lema “Hacia la Argentina del Bicentenario” pero se le agrega una cita bíblica, *clericalizando* una función secular: “Ustedes son la sal de la tierra y la luz del mundo”. Aquí la pertenencia nacional se eclipsa con una referencia cosmopolita (la tierra, el mundo) en la cual si bien están incluidos, lo son de una forma distinguida: por la sal o la luz (de la que el resto, el no cristiano, carece).

Las disputas por los símbolos de identificación

Como vimos, el diseño original del logo de Buenos Aires, una sobria imagen del Cabildo con los colores de la patria, fue discutida. Cuando ese diseño se presentó a la comisión organizadora hubo posturas divergentes: “parecía que era muy laico, no tenía nada que lo identificara con lo cristiano”, explicó el director del Congreso.

¿Cómo producir un logo laico que refleje esa identidad pero que no sea *muy* laico? Se optó por incorporarle una cruz “difusa” y “se colocó a la gente, porque eso tenía que tener: una encarnadura ...social”.

Pareciera que en esta identidad laica *no muy laica*, se buscó una imagen que equilibre el *ser laico* y el *ser cristiano*, algo que el diseño original, con pocas marcas sociales y ninguna religiosa, omitía. Por esto, es *llenado* con símbolos religiosos y sociales: la cruz en el cielo y el pueblo en la plaza.

Esto suponía un pueblo con diferencias internas, pero evidentemente un pueblo político, representante simbólico de la Nación Argentina, aunque territorialmente de la capital. Esta distinción regional entre capital e interior, es algo que el propio director reconoce:

“(…) lo que significaba el Cabildo como asociación de la Argentina, la cruz y la gente. Nos pareció que hablando del 25 de mayo no podía no estar el Cabildo, si bien es una cosa “de Buenos Aires” (enfatisa) pero es cierto que es una cosa que se irradió a todo el país y después tuvo la culminación en Tucumán del 16”.

El dilema de incluir o no la cruz, de la identidad laica como sujeto de la sociedad política o de la comunidad religiosa es algo discutido en Buenos Aires, es decir pasible de significados en disputa, pueden ser cuestionados: *puestos en cuestión*.

En cambio, en Salta esas referencias están mucho más naturalizadas. En el contraste de los logos, mientras los símbolos salteños (la Iglesia y la familia) aparecen sin cuestionamiento (*tienen que aparecer: somos nosotros*) y “por fuera de la historia” (sin ubicación temporal), los nacionales (no el Cabildo, pero si la cruz y el pueblo) están problematizados, se los asocia a acontecimientos particulares (mayo de 1810 y el congreso de laicos 2005-2010) lo que permite “actualizarlo” temporalmente. La persistencia y continuidad es vivenciada de tal modo en Salta que no se observa como tal. Lo naturalizado es el propio vínculo con lo religioso y lo familiar.

De todos modos, aunque esa identidad *religioso-familiar* salteña aparece naturalizada, lo que más se cuestiona y se des-naturaliza es la disputa con los significados nacionales: entre lo salteño y lo porteño (o nacional). Justamente desde Salta se cuestiona (negándolo, excluyéndolo) aquello que aparece como más naturalizado por lo nacional: la imagen del Cabildo.

Así, vemos como señala Hroch (1993:231) que los significados respecto al mismo significante (nación, identidad nacional), no son homogéneos por parte de individuos de diferentes zonas, con tradiciones culturalmente diferenciadas. Justamente son estas tradiciones culturales la que encontramos presentes como marcos sociales de la memoria.

Los marcos sociales de la conmemoración

En Salta, un concurso abierto permitió la elección del logo. Ya estaba vigente el logo nacional al que sin duda, se tomó como modelo.

Al respecto, uno de los organizadores del Congreso de Salta, integrante de la Comisión de Metodología, Temática y Formación, Miguel Ángel Bernel, comenta:

“Nosotros tenemos en el logo la Catedral y la familia como centro de unión. Fuimos muy abiertos en cuanto a la discusión de los temas, pero no se le saca a nadie esa religiosidad popular”.

En esto, más que una diferencia interna en la comisión de organizadores, aparece una diferencia entre éstos y el resto de los laicos salteños. Todos nuestros entrevistados coincidieron en esa apreciación, como Felipe Medina, integrante de la comisión de Prensa y Metodología:

“Es más bien un pueblo conformista, entonces la idea del congreso era un poco advertir a la gente que su compromiso cristiano iba mas allá de la sacristía, de la oración, un compromiso con la realidad, con su realidad y su transformación”.

Las causas de esa *forma de ser laicos* en Salta, son atribuidas por los mismos organizadores a cuestiones culturales, sociales, políticas: una sociedad tradicional, clerical, jerárquica, con fuertes diferencias y divisiones sociales.

Por esto, aparecen choques entre lo clerical y lo sociopolítico. En palabras de los organizadores: por un lado, “todavía somos clericales: si baja línea el sacerdote, si el cura lo manda entonces todos como ovejitas vamos, pero el laico por sí mismo es como un elefante, difícil de mover” (M.A. Bernel) y por el otro, “en el congreso nos costó mucho el ámbito profesional, porque no se mezcla (...) no se puede mezclar la gente, no es correcto socialmente” (F. Medina).

Si la idea del congreso “fue que la gente tomara conciencia que la construcción de la patria no era tarea de los gobernantes sino

responsabilidad de todos”, la dificultad se centró en concientizar a los laicos, clericales, de su papel político y social frente a otros laicos que efectivamente gobiernan. En esa “doble ciudadanía del laico”: ciudadano de la tierra y del cielo, a la que refiere Bernel, la del cielo es compartida por todos los salteños, mientras que la de la tierra sólo está presente en algunos.

La autorepresentación de la identidad laical salteña y la diferencia social aparece esencializada: un modo de ser eterno e inmutable.

La naturalización también está presente en las instituciones: la Iglesia y su presencia total (no hay otra institución) se excluye de este modo a la institución representativa, canónica: el Cabildo no aparece como posible (no sólo el de Buenos Aires, incluso el que se encuentra en Salta sobre la misma plaza en que se ubica la Catedral). Al respecto, podría pensarse que en el logo bonaerense *pasa lo mismo pero al revés*: así como en Salta se excluye la institución política, en Buenos Aires se excluye a la religiosa, la Catedral Metropolitana (que también está sobre la misma plaza). Sin embargo en el logo de Buenos Aires, lo religioso está incluido simbólicamente: bajo la figura de la cruz. En intercambio vía mail con un integrante de la comisión de secretaría, Miguel López Mena, nos comentaba:

“Hubo muchas propuestas. Fue un concurso abierto y se eligió una de entre todas las propuestas presentadas.

No hubo una propuesta que mostrase el Cabildo y gente en la plaza. Si la hubiese habido, tal vez lo hubiéramos discutido...”.

No la hubo hasta que *intervino mi pregunta (yo, que venía de Buenos Aires)*.

Sin embargo, con esto no queremos sostener que “Salta naturaliza” presentándose de este modo “sin cambios” (es decir “sin historia”, como una “sociedad fría”, categoría de Lévi-Strauss) mientras “Buenos Aires cuestiona” lo cual le permite salir de la repetición histórica (mítica y ritual) decontruyendo el mito, haciendo de la historia un “modelo para” (y no una “reproducción del”) presente (para seguir con las categorías dicotómicas levistraussianas, se trataría de una “sociedad caliente”). Lejos de la distinción de Lévi- Strauss, de la oposición teórica y occidental entre “estructura e historia”, y siguiendo en esto a Marshall Sahlins, sostenemos que no se trata de anti-nomias: mientras la historia se funda en la estructura, la estructura resulta de la historia.

De hecho, señalar una naturalización de la sociedad salteña, presentándola como estática e inmutable, sería recaer en aquello que Hobsbawm (2002:26) critica como “mito creado por una ciencia social de escaso vuelo” que estudia sociedades tradicionales de ese modo. Lejos –y por el riesgo de recaer en esa perspectiva- queremos señalar que cada grupo social aquí estudiado naturaliza/mitifica ciertas cuestiones mientras desmitifica otras. Y ese proceso mitificador/desmitificador es parte de su historia.

Como señalamos más arriba, si bien para la elección del logo de Buenos Aires hubo discusiones en torno a poner un símbolo religioso y social o no (y cuál era el más conveniente para re-presentar a los laicos de toda la nación) tampoco hubo una propuesta que “reemplazara” al Cabildo. El director nos decía: “hablando del 25 de mayo no podía no estar el Cabildo”, y si bien reconoce su carácter construido, parcial y social (enfaticando que se trata de una “cosa de Buenos Aires”) busca una explicación de tipo empírico *pero no por eso menos mítico*: “pero es cierto que es una cosa que se irradió a todo el país y después tuvo la culminación en Tucumán del 16”.

Deberíamos preguntar –como lo hace Hobsbawm (2002:267) ¿por qué algunas experiencias se han convertido en parte de una memoria histórica más amplia (aunque no podría decirse lo mismo de tantas otras)?

Si bien esas memorias o identidades presentes en los logos son arbitrarias (ya que no están sujetas a los criterios de universalidad de los historiadores para quienes “la supremacía de los datos”, su verificación, la “desimilitud” entre pasado y presente, la ubicación de la historia local o nacional en contextos más amplios e incluso la desmitificación de la memoria son centrales), la formación de esas memorias (los criterios y problemas de la propia identidad: *laical, salteña, nacional*) forman parte de la historia.

Para acceder a estas cuestiones, presentes en los logos y lemas, debemos saltar el umbral del análisis del contenido. Es necesario interpretarlas en un contexto comunicacional y cultural más abarcativo, intentando acceder a los códigos o matrices dentro de los cuales esos “signos” comunican. No sólo metodológicamente, triangulando los datos con documentos y entrevistas y observando o participando de encuentros. También desde la teoría: problematizando los marcos de esas *memorias laicas del Bicentenario*. Es lo que intentaremos hacer ahora: no tratar las imágenes como “sólo logos”, sino como *memorias espacializadas*.

Los marcos espaciales y temporales de la memoria

Hasta aquí vimos cómo la escena canónica del origen de la Nación Argentina: el pueblo ante el cabildo en Plaza de Mayo de 1810, es resignificada desde marcos sociales y culturales y sirven para pensar el propio espacio, las instituciones y los miembros de dicha comunidad. En Buenos Aires, se trata de un espacio e identidad laica -social y política- con pocas marcas de la religiosidad: “la plaza política” y el Cabildo, el pueblo en masa. En Salta, un espacio e instituciones clericales: “la plaza religiosa y la Catedral”, una pertenencia familiar y comunitaria. Si bien en ambos casos se trata de un marco religioso, vemos que lejos de

ser homogéneo presenta diferencias propias de las experiencias e historia de cada sociedad. La construcción de la memoria (de mayo de 1810) y la conmemoración (del 2010) se apoya en esos marcos religiosos y espaciales.

Como ya estudió Halbwachs (2004:11) los marcos que permiten la emergencia del recuerdo no son formas vacías sino que son los instrumentos que toda memoria colectiva usa para reconstruir el pasado y el futuro.

Si bien un análisis del marco religioso, obliga a un estudio mucho más extenso, no es difícil inferir algunos aspectos observando el propio espacio del congreso. Cada comunidad (arquidiócesis, diócesis, parroquias) y el encuentro nacional funciona como marco de esa memoria: como todo congreso consiste en exposiciones de autoridades a las que se toma como modelo, en ponencias y discusiones grupales donde se dice lo que la temática general determina; como en todo congreso religioso se ofician misas, se enseña y aprende a participar -tal como nos explicaban los organizadores- *democrática y religiosamente*, algo esperado en el laico.

Respecto al marco espacial y temporal, también tenemos varios datos que nos permiten presentar algunas hipótesis. La representación del pasado y del futuro está ordenada por esos marcos: retiene del pasado lo que todavía está vivo en la conciencia del grupo, proyecta como futuro aquello que es decible o pensable para su grupo de pertenencia.

¿Qué se retiene del espacio *del* pasado *para* el futuro? Como ya señalamos, en ambos casos, es constante la plaza como espacio público por excelencia, sin embargo mientras en Buenos Aires es un espacio político, bajo el cielo con la cruz, en Salta es religioso.

Sin duda aquí están presentes la *experiencia de la práctica espacial* tanto como las *representaciones del espacio* y la producción del mismo como *espacio de representación*, tres dimensiones propuestas por Lefevre en *La production de l'espace* (en Harvey 1998:244).

Las prácticas espaciales en las plazas centrales, tanto la de Buenos Aires como la de Salta, suponen flujos e interacciones físicas ordinarias y extra-ordinarias. Las primeras consisten en el flujo cotidiano laboral, donde la plaza es un lugar de paso (hacia otros lugares: el trabajo, la universidad, etc.) o de paseo (de los lugareños o de turistas). Las extraordinarias, consisten en rituales que rompen con esa cotidianidad: las conmemoraciones (religiosas –como la procesión del Corpus Christi en Buenos Aires o la procesión de Nuestra Señora y Señor del Milagro en Salta- o políticas como la caminata del Presidente hacia la Catedral, los 25 de mayo, los festejos (victorias futbolísticas o políticas), las protestas.

No es arriesgado sostener que sobre esas prácticas se construyen las representaciones espaciales de la plaza, encontradas en los logos. En esa producción no sólo están presentes las prácticas concretas que salteños y bonaerenses han tenido en la plaza, sino también los recuerdos que de la misma se han transmitido por numerosos medios –desde relatos familiares hasta documentos televisivos-: para los porteños “el pueblo de 1810” forma parte del “nosotros”; tanto como para los salteños, “las familias” que realizan la Procesión del Milagro desde 1692. Sin embargo, esos dos “nosotros” se excluyen. Si bien el pueblo de Buenos Aires se nacionalizó simbólicamente “desde arriba”; esto no significó el total reconocimiento o identificación “desde abajo”. Vimos en las entrevistas como esto aparecía en forma explícita: un rechazo a tomar a 1810 y su plaza como momento fundante del “nosotros salteño”.

Tal como aparece en el logo salteño: se representa como figura del Bicentenario a un acontecimiento espacial y temporalmente diferente, actual pero que reenvía a un momento anterior a la Revolución de Mayo: a otros usos de otra plaza, los religiosos. Las familias mirando a la iglesia, las procesiones que cruzan la plaza y la ciudad. También los colores son regionales y reenvían a una temporalidad previa a la revolución porteña: el rojo y negro de los ponchos de los gauchos de Güemes. Colores previos a la nacionalización de la bandera blanca y celeste que, como señala Chiaramonte (2005:30), incluso varios años después de la Revolución de Mayo era considerada la bandera porteña “y no la de una inexistente Nación Argentina”.

Las referencias a marcos disímiles son constantes. En las entrevistas realizadas en Salta se destaca la importancia de los lugares de memoria (tal como el dejo nostálgico de Pierre Norà (1984), ante la aceleración de la sociedad contemporánea): ciertos géneros musicales (el folclore, ante modas pasajeras como el rock y el pop porteño), la importancia de la reunión familiar (frente al anonimato de las ciudades cosmopolitas), la centralidad de los valores (ante su falta o pérdida en las sociedades contemporáneas).

Pero entonces, ¿cómo es posible la representación del Bicentenario nacional, el “respeto” o reconocimiento por el 2010 e incluso por el logo de Buenos Aires?

Aquí, otras memorias se cruzan, articulándose con otros Bicentenarios: el de la diócesis de Salta (2006) y el de Tucumán (2016). Será necesario entonces tener en cuenta este calendario ritual que quitando especificidad a cada fecha, toma los signos y *formas* de la conmemoración para trabajar la idea de comunidad en el presente (más allá de las certezas que se tienen o se desconocen sobre el contenido de la historia de cada evento conmemorado). Así, cada evento sirve para reafirmar la identidad: la *salteñidad*.

También será necesario tener en cuenta que estos espacios experimentados y representados constituyen *espacios de*

representación. Se trata de “invenciones mentales”, de espacio de imaginación, de utopías o proyectos.

En el caso de la Plaza de Mayo, encontramos la imaginación de nuevos sentidos o posibilidades, algo que, por ejemplo realizaron las Madres de la Plaza en plena dictadura (hasta la actualidad, conmemorada cada año y presente en el logo de los pañuelos, dibujados en el piso, alrededor de la pirámide). También varios proyectos, el más actual, ganador del Concurso Nacional de Anteproyectos para la Remodelación de la Plaza de Mayo, donde diferentes secuencias luminosas (de mosaicos especiales) mostrarán en el piso los distintos trazados pasados, entre 1802 y 1811 hasta el aspecto que tendrá en el 2010. Además contará con un museo con fotos de festejos, reclamos y convocatorias trágicas (Ver nota del Diario *Clarín* del 25 de noviembre de 2006, disponible en <http://www.clarin.com/diario/2006/11/25/laciudad/h-06401.htm>).

Ante esta fuerte simbolización de la Plaza de Mayo, como espacio de representación o imaginación de pasados y futuros, la de Salta, a pesar de denominarse 9 de julio, más que asociarse a 1816 evoca las celebraciones religiosas, la continuidad con la tradición.

Como vemos los marcos temporales, las concepciones respecto al tiempo no son ajenas a las del espacio. En Buenos Aires, como la revolución que se rememora, tiempo y espacio se presenta bajo una forma más rupturista: múltiples tiempos, espacios y acontecimientos, cambios abruptos (desde los trágicos hasta los festivos).

En cambio, la temporalidad del marco salteño es cíclica, duradera: el espacio y las instituciones son constantes y dan la sensación (en el contraste) de “no-temporalidad”. Un espacio sin tiempo, sin cambios, sin devenir.

Habrá que ser precavidos a la hora de realizar interpretaciones “no nativas” (*ya que mi marco es más cercano al de Buenos Aires*). Que este marco no impida ver la “acentuación” de la continuidad en el cambio y la heterogeneidad de marcos y memorias no sólo al interior de la religión, sino también al interior de *lo bonaerense* o *lo salteño*.

Notas

- (1) Para la polémica historiográfica ver Palti (2003). Para las concepciones respecto a la nación como invención ver Gellner (1991); como creación subjetiva (imaginación de comunidades) ver Anderson (2000).
- (2) La investigación –Tesis para el Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA: *La imaginación de la Nación Argentina en rituales y memorias: el Día de la Patria y la celebración del Bicentenario*- consiste en un trabajo de campo con observaciones y entrevistas de tipo etnográfico a participantes de las ceremonias centrales del 25 de mayo: el Tedeum, los festejos y protestas en la Plaza de Mayo. Rituales que son contrastados con otros de carácter estatal y religioso que se realizan en el mismo espacio pero en días anteriores o posteriores a dicho evento (el Cabildo abierto del 22 de mayo y la Procesión del Corpus Christi de junio).
- (3) El antecedente más evidente en esa actualización fue el utilizado por el ex presidente Juan D. Perón en 1944, donde en la presentación de la Secretaría de Trabajo que compila sus discursos, aparecen hombres con bombachas de campo o en overol (ver un análisis de esa publicación en Sigal 1999).

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict *Comunidades imaginadas*, Buenos Aires; Fondo de Cultura Económica, 2000 (1993).
- CHABOD, Federico *La idea de nación*, México Fondo de Cultura Económica, 1987 (1961).
- CHIARAMONTE, J.C. “El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana”, *Revista del Instituto de Historia Argentina y Americana*, Buenos Aires, 1991.
- Diario Clarín*: “La Plaza de Mayo será un gran patio que integrará las calles laterales”, 25 de noviembre de 2007.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos “A la nación por la fiesta: las fiestas mayas en el origen de la nación en el Plata”, *Boletín del Instituto de Historia* N° 22, 2000, pp. 73-100.
- GELLNER, Ernest *Naciones y nacionalismo*, Buenos Aires, Alianza, 1991 (1983).
- GRIMSON, Alejandro y AMATI, Mirta 2005 “Sociogénesis de la escisión entre democracia y nación. La vida social del ritual del 25 de mayo” en Nun (comp.) *Debates de Mayo*. Buenos Aires, Gedisa, pp. 203-233.
- HALBWACHS, Maurice *Los marcos sociales de la memoria*, Caracas, Anthropos, 2004 (1925).
- HALBWACHS, Maurice “La Mémoire Collective et le Temps”, *Cahier Internationaux de Sociologie*, Vol. II, 1947, pp. 3-30, traducción de Vicente Huici Urmeneta, disponible en <http://www.UNED.es/ca-bergara/ppropias/vhuici/mc.htm>, 1998.
- HARVEY, David “La experiencia del espacio y del tiempo” en *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, pp. 225-356.
- HERMET, Guy *Histoire des nations et du nationalisme en Europe*, París, Le Seuil.
- HOBBSAWM, Eric *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1997.
- HOBBSAWM, Eric *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, cfr. “El sentido del pasado”, 2002, pp. 23-37; “¿Qué puede decirnos la

historia sobre la sociedad contemporánea?”, pp. 38-51; “La historia de la identidad no es suficiente”, pp. 266-276.

HOBBSAWM, Eric y Terence RANGER (Eds.) *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002 (1983).

HROCH, Miroslav “¿Sabemos suficiente sobre el “nacionalismo”?”, en *Internacional Congress “Nationalism in Europe. Past and Present*, V.I Universidad de Santiago de Compostela, 1993.

JELIN, Elizabeth *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, Madrid, 2002.

LERMAN, Germán *La plaza política: Irrupciones, vacíos y regresos en la Plaza de Mayo*, Buenos Aires, Colihue, 2005.

SAHLINS, Marshall *Islas de historia. La muerte del Capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1988.

MYERS; Jorge “Revolución de Mayo y soberanía” en: NUN (comp.) *Debates de Mayo*, Buenos Aires, Gedisa, 2005, pp. 73-76.

NORÀ, Pièrre (ed.) *Les Lieux de Mémoire*, París, Gallimart, 1984.

PALTI, Elías *La Nación como problema. Los historiadores y la cuestión nacional*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

SÁBATO, Hilda “La nación del pasado en el presente: apuntes para pensar el futuro” en Nun (comp.) *Debates de mayo*, Buenos Aires, Gedisa, 2005, pp. 163-198.

SIGAL, S. “Las Plazas de Mayo” en ALTAMIRANO *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, UNQui, 1999.

SIGAL, S. *La Plaza de Mayo: una crónica*, Buenos Aires, Siglo XIX, 2006.

SMITH, Anthony *La identidad nacional*, Madrid, Trama Editorial, 1997.

TÖNNIES, F. *Comunidad y Sociedad*, Buenos Aires, Losada, 1947 (1887).

VVAA *El Milagro de Salta*, Salta, Creaciones de Arte, 2003.